

*«Quién dice que la ausencia causa olvido»  
(Cinco poemas inéditos y un ensayo  
de aproximación crítica)*

PEDRO LÓPEZ LARA

El soneto de Boscán «Quién dice que la ausencia causa olvido» disfrutó de una singular fortuna a lo largo de nuestros siglos de oro. Son abundantes los poemas que encontraron en él un estímulo para la imitación o la glosa. Transcribimos a continuación cinco de estas composiciones, tres sonetos y dos glosas anónimas, que figuran en el manuscrito inédito II-2803 de la Biblioteca de Palacio<sup>1</sup>. Copiamos luego el soneto de Boscán, que habrá de servirnos de referencia ineludible en el transcurrir de estas páginas.

SONETOS

I

Soneto en respuesta del ausente

¿Quién dubda que en el fuego de Cupido  
esté, el que está ausente, más penado,  
por estar de su bien tan apartado  
quanto está de congojas aflixido?

Mas ¿qué digo? ¿Y no miro que el oluido  
da causa de alegrase en summo grado?  
Aquel que es también confirmado  
no tiene, pues no fue faborescido.

Y si con la materia más se ençiende  
el fuego que aún no está bien inflamado,  
la flecha de amor tan sin clemencia,

mírará bien por sí el que se defiende,  
y si no quiere ser enamorado,  
aguallo ha, con el agua del ausencia.

(Fol. 4v.)

---

<sup>1</sup> Cfr. en este mismo número de la revista el artículo de Yolanda Clemente y M.<sup>a</sup> Dolores Cigüeña. Seguimos las normas de transcripción que allí se señalan.

## II

## Otro

Quien niega que la ausencia causa olvido  
 presume de muy fiel enamorado.  
 Al fin un corazón que está apartado  
 olvida y no es de nuevo combatido.

Emplea en otras cosas el sentido,  
 afloxa la memoria su cuidado;  
 si mucho de quien ama está apartado,  
 apágase el querer muy encendido.

Bórranse las heridas comenzadas,  
 quando cesa el mirar que las causó,  
 con otras de pres[en]te señaladas.

El tiempo sana reças cuchilladas,  
 y si se ausenta aquel que acuchilló,  
 también las echiçerías son curadas.

(Fols. 4v-5r.)

## III

## Otro de vn ausente

¿Viose cosa más braba que el olvido  
 apag[ue] vn corazón enamorado?  
 ¿Quién dubda que, aunque esté más apartado,  
 esté en cuerpo y alma combatido?

No puedo yo creer que el que a sentido  
 de verdadero amor algún cuidado  
 no esté con verse ausente más penado,  
 y no cressca el querer más encendido.

Si las llamas aún no muy encendidas,  
 llegándolas materia más se encienden,  
 y ban siempre en furor abentajadas,

el amoroso pensar, pues que depende  
 de ausencias y de penas muy pensadas,  
 con ellas ¿quién dirá que no se enciende?

(Fol. 5v.)

## GLOSAS

## I

Glosa. Quien dice que la ausencia causa olvido

No fue de amor llagado,  
 ni sabe qu[é] es querer ni ser querido,  
 ni amar ni ser amado,  
 mas faltó de sentido  
 quien dice que la ausencia causa olvido.

Quien de amor tan mal siente  
 ¿qué merece, pues anda tan penado

que pone en el ausencia  
oluido de lo amado?  
Merece ser de todos olvidado.

¿Quién más perseverante,  
quién de lo que ama menos se olvida,  
quién más firme y constante,  
quién menos descuidado  
qu[e] el verdadero y firme enamorado?

El liviano y mudable  
al momento condena al duro oluido \*  
lo que le fue agradable;  
mas quien bien a querido  
está quando está ausente más perdido.

La ausencia le presenta  
mil glorias amorosas que a tenido,  
y d[e] ellas se sustenta;  
con solo un bien crecido  
abiba la memoria su sentido.

Si su memoria duerme,  
despierta del dulçor de lo pasado;  
si algun tanto se aduerme,  
del amor descuidado,  
la soledad aumenta su cuidado.

Tráelo cuidadoso  
el verse de su gloria despojado;  
penado y deseoso  
el estar abrasado,  
en verse de su bien tan apartado.

Aquel verse sin gloria  
lo tiene en mil miserias sometido;  
con sola la memoria,  
del verse dividido  
sale su desear más encendido.

(Fols. 210v-211r.)

## II

Quien dice que el ausencia causa oluido

### Glosa

Los que amores constantes  
estando ausentes piensan que an tenido  
son necios ygnorantes,  
que mejor lo a entendido  
quien dice que la ausencia causa oluido.

Quien espera firmeça  
en amor de muger o l[a] a esperado,  
por tan grande simpleça,

---

\* El manuscrito lee «el duro oluido».

por necio confiado,  
merece ser de todos olvidado.

Engañase a la clara  
quien piensa por amar qu[e] es bien amado,  
qu[e], en bolviendo la cara,  
nadie es más olvidado  
qu[e] el verdadero y firme enamorado.

Y son en esto extrañas,  
que no les duran más que . . . \*\*  
que a quien en sus entrañas  
tubieron más metido,  
está quando está ausente más perdido.

(Fols. 215v-216r.)

#### Soneto de Boscán

Quien dize que'l ausencia causa olvido  
merece ser de todos olvidado.  
El verdadero y firme enamorado  
está, cuando stá ausente, más perdido.

Abiva la memoria su sentido;  
la soledad levanta su cuydado;  
hallarse de su bien tan apartado  
haze su dessear más encendido.

No sanan las heridas en él dadas,  
aunque cesse'l mirar que las causó,  
si quedan en el alma confirmadas.

Que si uno stá con muchas cuchilladas,  
porque huya de quien l'acuchilló,  
no por esso serán mejor curadas<sup>2</sup>.

Empezaremos por el análisis de los sonetos. Como puede advertirse fácilmente, es el segundo de ellos el que sigue más de cerca el modelo de Boscán, desde el empleo del mismo esquema de rimas hasta la repetición literal de palabras o sintagmas enteros. Los tres sonetos en su conjunto, y dada la proximidad con que aparecen en el manuscrito, cabe pensarlos en la órbita de un juego de competencia cortesana entre autores diversos, o bien como ejercicio de ingenio poético debido a un solo autor<sup>3</sup>. En cualquier caso, con su sostener opiniones enfrentadas respecto al mismo tema, entablan entre sí un debate o «diálogo», que necesariamente tendremos que estudiar dentro de un marco más amplio.

\*\* Resto del verso guillotinado.

<sup>2</sup> *Obras poéticas de Juan Boscán*, edición de M. de Riquer, A. Comas y J. Molas. Barcelona, Universidad de Barcelona, 1957, pág. 182.

<sup>3</sup> Para esta función del soneto como vehículo de una controversia, o diálogo, que está ya en sus orígenes sicilianos, y que recoge, por ejemplo, el grupo de sonetos sobre la «red de amor» contenidos en las *Varias poesías* de Hernando de Acuña, véase A. Prieto: *La poesía española del siglo XVI*, I, Madrid, Cátedra, 1984, págs. 44 y ss, y II, 1987, págs. 681 y ss. Un caso extremo de este juego poético lo constituyen los dos sonetos de Francisco de Figueroa «Bendito seas, Amor, perpetuamente» y «Maldito seas, Amor, perpetuamente», contruidos a partir de una simetría antitética, que afecta tanto a la forma como al contenido.

En efecto, el motivo de la ausencia, ligado al del olvido, se prestaba, por su potencialidad polémica, a todo un abanico de desarrollos formales, en que late siempre, declarada o no, la presencia del diálogo (empleamos este término en un sentido muy generoso). Establecer una tipología, siquiera sea aproximativa, de estos «diálogos» es la tarea que nos proponemos ahora.

Ya el soneto de Boscán parece responder, y oponerse, a una canción de Jorge Manrique <sup>4</sup>:

## I

Quien no'stuviere en presencia  
no tenga fe en confiança,  
pues son oluido y mudança  
las condiciones d'ausencia.

## II

Quien quisiere ser amado  
trabaje por ser presente,  
que quan presto fuere ausente,  
tan presto será oluidado:

Y pierda toda esperança  
quien no'stuuiere en presencia,  
pues son oluido y mudança  
las condiciones d'ausencia.

Pero al margen de este diálogo, externo y diacrónico, existe en el poema de Boscán otro diálogo más interesante, obligado por la introducción en el primer verso de un sujeto gramatical que manifiesta su opinión a través de un «verbum dicendi» («Quién dice...»). Al anónimo *dice* corresponde un *digo* implícito (que es el del poeta, en este caso Boscán), y que explaya su postura adversa, tomando el primero como «pre-texto», en los trece versos siguientes. El segundo verso del soneto descalifica a un anónimo contrincante; los doce restantes refutan su opinión. Podemos, pues, hablar en este caso de un diálogo interno, inherente al propio poema.

En el segundo de nuestros sonetos encontramos también un hipotético diálogo externo (contra el soneto de Boscán), y un diálogo interior (contra «quien niega que la ausencia causa olvido», que, claro está, puede ser el mismo Boscán, en cuanto que sustenta esa tesis). Es significativa aquí la palabra *niega*, índice en el plano lingüístico de una voluntad de oposición que afecta también, dentro de una general estructura imitativa, a los lexemas («Quién dice...»/ «Quién niega...»).

Otras veces, el debate se traduce en una fórmula explícita, como en el primero de los sonetos transcritos, donde el «en respuesta» del epígrafe declara abiertamente una controversia, y es susceptible de dos interpretaciones: diacrónica (respuesta al poema de Boscán), o sincrónica (respuesta al soneto III, prescindiendo de la colocación posterior de éste, y de acuerdo con la contienda autónoma, a que

<sup>4</sup> *Cancionero*, ed. de Augusto Cortina, Madrid, Espasa. Calpe, col. Clásicos Castellanos, 1971, pág. 59. La conexión existente entre los poemas de Boscán y Manrique fue notada ya por Raúl Moglia («Manrique en un soneto de Boscán», *Revista de Filología Hispánica*, VII, 1945, págs. 392-393).

apuntábamos antes, entre los tres sonetos del manuscrito). Además, este primer soneto, considerado aisladamente, ofrece en su interior lo que podríamos llamar un monólogo conflictivo. A la inicial interrogación retórica, sosteniendo que la ausencia no provoca olvido, ocurre en el segundo cuarteto una rectificación, que fija la que será ya postura definitiva del poema. Una inflexión semejante, si bien en sentido contrario, vertebra otro soneto de Boscán:

Dizen que amor se pierde en el ausente,  
o a lo menos en parte se resfria;  
yo lo creí ya esto en algún día,  
quando mi mal no stava tan ardiente.

Agora tal mi corazón se siente,  
que'l tiempo, ni el lugar, ni el alma mía,  
jamás harán que'n mí mi fantasía  
ausente no sté tal, como presente.

Aún digo más: que alguna diferencia  
si uviere en mí, será sentir mi fuego  
mucho mayor al tiempo del ausencia.

Porque'l ver y el hablar me dan sosiego,  
o me tiempla el temor en la presencia,  
tanto, que alguna vez d'ella reñiego <sup>5</sup>.

Aquí, el cambio de opinión está marcado por la transición temporal «en algún día» «agora», con lo cual la respuesta al *dicen* lo es también a un lejano *decíamos*.

En los poemas que hemos analizado hasta ahora, el verbo declarativo que funda la enunciación va siempre en modo indicativo. Pero existe asimismo una variante imperativa, como en este soneto de Montemayor:

De hoy más ninguno diga que la ausencia  
es mal que da dolor, pena, o cuidado:  
que quien de su señora está apartado  
ni aun para sentir mal tiene licencia.

Si el alma ha transformado en la presencia  
de quien de buena guerra la ha ganado,  
¿qué ha de sentir un cuerpo desdichado,  
que no hay entre él y un muerto diferencia?

Si en algún mal de amor puede haber cura,  
será porque está el alma allí presente,  
mas no si el cuerpo es sólo una figura.

Y pues aquí se ve tan claramente  
que el bravo mal de ausencia es muerte pura,  
quien le llamó pasión no estaba absente <sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Ed. cit., pág. 185.

<sup>6</sup> *Cancionero*, ed. de A. González Palencia, Madrid, Sociedad de Bibliófilos españoles, 1932, págs. 45-46.

O en el siguiente, anónimo, perteneciente a un cancionero manuscrito de la Biblioteca de El Escorial:

No able de la ausencia el que ha sido  
amado en algún tiempo, y está ausente;  
ausencia no es tan fácil accidente  
que dexa en el ausente algún sentido.

Vn enfadarse en todo, vn cierto oluido,  
vn no allarsse allí do está presente,  
vn razonar consigo, y de repente  
quedarse en piedra o fuente conuertido.

Vn ay que al alma rasga y avn el gusto,  
y tres mil colores muda en vn instante:  
reyr, llorar, hablar, callar vn punto.

Del mal que ausencia haze en el amante  
sería y puede ser viento avn aquesto  
y nada, porque el ausente es ya defunto<sup>7</sup>.

En ambos, como puede observarse, aparece el motivo de la ausencia identificada con la muerte. Se denuncia así la ilegitimidad de todos los *dice*, *niega*, etc., que hemos visto en los poemas anteriores, es decir, de las opiniones que esos verbos introducían.

Volviendo al grupo de composiciones que emplean la fórmula «Quien + *verbum dicendi*...», es lícito señalar una progresiva personalización, que lleva de la presencia casi exclusiva de verbos en tercera persona, a la sucesiva incorporación de la primera y la segunda persona. En el soneto de Boscán, es un abstracto «verdadero y firme enamorado» quien se propone como adversario del amante olvidadizo, con lo que ello implica de alejamiento, de objetividad que permite la teorización. Muy distinta es la actitud de quien defiende con su propio discurso una opinión que se convierte así en vida, en acto, por medio de las palabras:

Quien dixere que la ausencia  
causa olvido en quien bien ama,  
*mi* firmeza lo desmiente  
en quien verá que se engaña<sup>8</sup>.

En Medrano, la apelación se dirige ya a un «tú», que es ahora el que se siente amenazado por la ausencia, y por los maldicientes que, no habiendo sabido amar, mienten sobre sus efectos:

Quien te dize que ausencia causa olvido  
malsupo amar, porque si amar supiera,  
¿qué, la ausencia?: la muerte nunca 'uviera  
las mientes de su amor adormecido.

<sup>7</sup> Citamos por la edición de Julián Zarco, publicada en *Religión y Cultura*, XXIV, El Escorial, 1933, págs. 406-449. El poema que copiamos aparece en las páginas 428-429. En este mismo manuscrito figura una glosa, cuyo mote está formado por los dos primeros versos del soneto de Boscán «Quien dize que el ausencia causa olvido».

<sup>8</sup> Los versos que copiamos son los cuatro primeros de un romance anónimo (*Romancero General*, ed. de A. González Palencia, I, Madrid, C.S.I.C., 1947, pág. 520).

¿Podrá olvidar su llaga un corço herido  
deel açertado hierro, quando quiera  
huír medroso, con veloz carrera,  
las manos que la flecha an despedido?

Herida es el amor tan penetrante  
que llega al alma; y tuya fue la flecha  
de quien la mía dichosa fue herida.

No temas, pues, en verme assi distante,  
que la herida, Amarili, una vez hecha,  
siempre, siempre y doquiera, será herida<sup>9</sup>.

Con la introducción de la segunda persona, particularizada además en un nombre propio, Amarili, se crea todo un ámbito de mayor intimidad, marcada por los posesivos: ya no es una flecha anónima la que hiera el alma, sino que «*tuya* fue la flecha de quien la *mía* [mi alma] fue herida». Y, lo que es más importante, esta apelación a la segunda persona – que supone siempre la primera— establece la existencia de dos ausentes («tú» y «yo»), frente al abstracto y único ausente anterior. Paralelamente, la eventualidad de un olvido se bifurca también: puede ocurrir tu olvido (que yo temo); puede ocurrir el mío (que tú temes). Por lo general, el sujeto de la enunciación pregona su fe, y recela la inconstancia de la amada<sup>10</sup>. Así, por ejemplo, en los tercetos del soneto de Gutierre de Cetina «Oh sol, de quien es rayo el sol del cielo»:

*Temor de olvido*, grave mal de ausencia,  
del tiempo el vario curso y de fortuna,  
y el mal de no te ver, *estoy pasando*.

Mas por rodar del cielo, sol y luna,  
*no temas*, claro sol, *que tu presencia*  
*olvide*, pues por fe la estoy mirando<sup>11</sup>.

Dentro de esta tendencia, la palabra *olvido* llega a significar automáticamente el olvido ajeno, el olvido del otro (cuya víctima es siempre uno mismo), como en la retórica pregunta de López Maldonado: «¿De vn crudo oluido quien podrá librarse?»<sup>12</sup>. De igual modo, el ausente por antonomasia será quien articula el discurso de ausencia. Pero la presencia del otro en ese discurso hace posible, a su vez, un nuevo tipo de diálogo: el que se establece —o intenta establecerse— entre quienes se hallan distanciados<sup>13</sup>. Lo normal es que se parta de una situación en que

<sup>9</sup> En *Vida y obra de Medrano*, II, ed. de Dámaso Alonso y Stephen Reckert, Madrid, CSIC, 1953, pág. 239.

<sup>10</sup> Barthes define la ausencia como «todo episodio de lenguaje que pone en escena la ausencia del objeto amado - sean cuales sean la causa y la duración - y tiende a transformar esta ausencia en prueba de abandono» (*Fragments de un discurso amoroso*, México, Siglo XXI editores, 1982, pág. 45).

<sup>11</sup> *Sonetos y madrigales completos*, ed. de Begoña López Bueno, Madrid, Cátedra, 1981, pág. 189.

<sup>12</sup> Verso noveno del soneto «Crece la ausencia y crece la memoria» (*Cancionero*, Madrid, 1586, fol. 82v). Citamos por la edición facsimil publicada en Madrid, 1932 (Libros antiguos españoles, serie 1.ª; Joyas de la poesía castellana, vol. I).

<sup>13</sup> «El otro está ausente como referente, presente como alocutor» (R. Barthes, ob. cit., pág. 47).

la ausencia se ha consumado, sin que las quejas del ausente puedan, por tanto, encontrar respuesta. Sin embargo, y frente a tal intento frustrado de comunicación, existe en otros casos un diálogo real, que suele preceder a la despedida de los amantes. En el Libro II de la *Diana* de Montemayor, la «Canción de Diana» contiene uno de estos diálogos. A lo largo de él, Sireno y Diana se prometen mutuamente fidelidad durante la ausencia, fidelidad que, como apostilla al final el narrador, quebrantará, sin embargo, Diana:

Y aunque a Diana le dio  
pena rabiosa y mortal  
la ausencia de su zagal,  
en ella misma halló  
el remedio de su mal<sup>14</sup>.

Aquí el diálogo no es fructífero, en cuanto que no consigue evitar la separación. Pero no siempre ocurre así. En la «Canción de don Juan de Almeyda a una despedida», que comienza «Al pie de un pino verde», las amargas quejas de Galatea consiguen convencer a Damón para que desista de su propósito:

«Basta ya, mi pastora;  
no más dice Damón, limpia tus ojos,  
olvida los enojos  
que tienes de aquesta alma que te adora;  
que yo quiero que sea  
lo que quisieres tú, mi Galatea.

Por esta limpia fuente  
que ha sido buen testigo a mis amores,  
por estas tiernas flores,  
por esa dulce boca y clara fuente,  
que no puede ser parte  
ninguna cosa ya para dejarte.»  
.....

Al amoroso juego  
volvieron luego juntos los pastores,  
que entre las tiernas flores  
andaba retoçando el niño ciego,  
en verse muy contento  
señor de tan gallardo pensamiento<sup>15</sup>.

Nos quedan aún por señalar diversas formas de «diálogo» (ya dijimos con qué sentido empleamos este término, que para lo que nos interesa será casi siempre sinónimo de controversia), en que de un modo u otro se ven implicados los motivos de la ausencia y el olvido. Para mayor comodidad expositiva, las enumeraremos a continuación, dando en cada caso algunos ejemplos que las ilustren.

<sup>14</sup> Ed. de E. Moreno Báez, Madrid, Editora nacional, 1981, pág. 84.

<sup>15</sup> Edición de las poesías de Juan de Almeyda, contenida en Antonio Blanco Sánchez: *Entre Fray Luis y Quevedo*, Salamanca, Atlas, 1982. Los versos citados, en la página 596.

DIÁLOGO ENTRE DOS AUTORES, QUE DEFIENDEN, A TRAVÉS DE POEMAS DISTINTOS,  
OPINIONES ENCONTRADAS

No existe en este caso la ambigüedad interpretativa que señalábamos para el soneto I de nuestro manuscrito. Conocemos los nombres de los autores, y uno de ellos responde de manera explícita al otro:

De don Álvaro de Zúñiga, procurador de Cortes de Salamanca

Soneto

Si alguna vez, peligro a noble pecho,  
distes, amor, de vuestro ser las llaves,  
siendo unos ojos en mirar suaves,  
causa del crudo Argel de engaños hecho;  
yo, ageno de mí mismo a mi despecho,  
por fuerça oculta, bien, ¡o amor!, lo sabes,  
rendí el alcázar a unos ojos graves,  
de la razón albergue, al gusto estrecho.

Busqué con larga ausencia dulce olvido,  
remedio inútil, que en mi alma yva  
la causa impressa de tan grande estrago.

Desengañado, y nunca arrepentido,  
dadme favor antes que el tiempo escriba  
de ingrato galardón injusto pago.

Respuesta de Cristóbal de Mesa

Soneto

Si navegáys de amor por el estrecho,  
donde corren fortuna tantas naves,  
y a las tormentas, y tormentos graves,  
de su alterado mar estáys tan hecho;

si el ingenio mortal no es de provecho,  
si en tal golfo se anegan aun las aves,  
a los ásperos vientos y ayres suaves  
muestre igual ser vuestro animoso pecho.

Que en ausencia será tiempo perdido  
el gobernalle y voluntad cautiva  
dar a un ciego cruel que da cruel pago,

que, anegando en el agua del olvido,  
de bien y libertad al alma priva,  
con mal cierto, fin triste, último estrago<sup>16</sup>.

El diálogo entre poetas puede verificarse también por medio de epístolas. En la Carta IV de Lomas Cantoral, «El autor, estando ausente, a Cristóbal de Mendoza»,

<sup>16</sup> Cristóbal de Mesa: *Valle de lágrimas y diversas rimas*, Madrid, 1607. El soneto de don Álvaro de Zúñiga en el fol. 162v; el de Cristóbal de Mesa en el fol. 163r.

el poeta vallisoletano, entre diversas quejas sobre los usos amorosos y comportamientos sociales de la época, denuncia los terribles efectos que produce el mal de ausencia:

Ques de ver al triste ausente  
lo que sufre y lo que calla,  
metido en dura batalla  
con lo ausente y lo presente:  
las sospechas que le siguen,  
las memorias que le matan,  
los medios que le maltratan,  
los celos que le persiguen.

Las congojas, los tormentos,  
las ansias, las asperezas,  
los suspiros, las tristezas,  
los llantos, los pensamientos.

La verdad es que aquí el motivo de la ausencia amorosa sirve sólo como pretexto para introducir una descripción del ambiente sevillano, y contrastarlo con el Valladolid natal, de modo que el sentimiento de ausencia afecta en realidad a la ciudad abandonada, más que a la mujer perdida. La respuesta de Cristóbal de Mendoza (otra epístola, escrita como la de Lomas Cantoral, en coplas castellanas), sigue un esquema parecido: tras asegurar que los celos producen un daño mayor que la ausencia, hasta el punto que «juzgo por dulce suerte / la del ausente olvidado», se extiende asimismo en una comparación entre las costumbres de ambas ciudades. Es interesante, por otra parte, notar cómo indica que la ausencia, frente a la amenaza que supone para el amor, no puede destruir la amistad:

Mas en cosas de amistad  
no se entremete el Amor,  
ni ha de partirla el dolor,  
ni ausencia, ni adversidad.

#### SONETO-DIALOGISMO

Encontramos un ejemplo en Baltasar del Alcázar, donde son el ausente y la ausencia quienes dialogan:

—¿Qué medio habrá para llevarte, ausencia?  
—Reprimir el rigor de tu deseo.  
—¿Cómo, creciendo el fuego en que me veo?  
—Bien se podrá apagar si hay diligencia.  
—Y ésa, ¿cuál ha de ser? —La resistencia  
A la cruel memoria. —Es caso feo  
Cerrar la puerta al bien. —Haz nuevo empleo.  
—No me quedó caudal, ni esa licencia.

<sup>17</sup> *Las obras de Jerónimo de Lomas Cantoral*, ed. de Lorenzo Rubio González, Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 1980, pág. 133. Los versos de la epístola de Cristóbal de Mendoza citados más abajo, en la página 139.

—Pues forma enemistad con tu enemigo.  
 —¿Quién es? —Quien fue la casua que yo fuese:  
 Que yo causada soy; no causadora.  
 — Sospechoso consejo, ausencia, es ése;  
 Más tolerable cosa es tu castigo  
 Que aborrecer el alma lo que adora<sup>18</sup>.

El amante, como vemos, rechaza el consejo de la ausencia —«La resistencia a la cruel memoria»—, es decir, la incitación al olvido.

#### DIÁLOGO ENTRE PERSONAJES ALEGÓRICOS

Este tipo de debate, que contaba con una nutrida trayectoria medieval, se presta especialmente al desarrollo teórico, abstracto, de una casuística ya tópica. El «Diálogo entre Memoria y Olvido», de Cristóbal de Castillejo, es una buena muestra. En él, frente a la exposición por parte de Memoria de sus propias virtudes, Olvido le reprocha cómo «Por tu medio son mayores / Cualesquier adversidades, / Penas y angustias de amores, / Y otros cualesquier dolores, / Pérdidas y enfermedades», y reivindica para sí la condición de único bálsamo eficaz: «Tú renuevas la herida, / Yo soy solo en esta vida / Medicina señalada»<sup>19</sup>.

También puede aparecer el debate bajo la forma pura de la alegoría, prescindiendo ya de la cobertura dialogística, como en «La victoria de Olvido» (*Ratos ociosos de D.F.H.R.*, Bruselas, 1630, págs. 91-97). En el combate entre el Rey Amor y el Rey Olvido, la memoria es el capitán general de las fuerzas de Amor, sospechas y celos son sus tenientes, y la «caballería ligera» la forman los deseos. Como se anticipa desde el título, el campo queda al final para Olvido, que, sojuzgado Amor, «Todas las alas le corta, / Porque tan presto no buele, / Que quiere tenelle preso, / En tanto que otras le crecen»<sup>20</sup>.

#### DIÁLOGO, NO AUTÓNOMO, ENTRE DOS PERSONAJES DE UNA OBRA MÁS AMPLIA

En la *Diana* (Libro II), Felismena, disfrazada de hombre, intenta convencer a don Felis de que el amor primero ha de ser también el último:

«(...) Digo esto porque soy tan aficionado a los amores primeros que en esta vida he tenido que no habría en ella cosa que me hiziesse mudar el pensamiento.» — «La mayor razón tienes del mundo», dixo don Felis, «si yo pudiesse acabar conmigo otra cosa de lo que hago; mas ¿qué quieres, si la ausencia enfrió esse amor y encendió estotro?» — «Dessa manera», respondí yo, «con razón se puede llamar engañada aquélla a quien primero quesiste, porque amor sobre que ausencia tiene poder ni es amor ni nadie me podrá dar a entender que lo haya sido.»<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> *Poesias de Baltasar del Alcázar*, ed. de F. Rodríguez Marín, Madrid, Sucesores de Hernando, 1910, págs. 36-37.

<sup>19</sup> *Obras*, ed. de J. Domínguez Bordona, Madrid, Espasa-Calpe, col. Clásicos Castellanos, págs. 51-52 y 53, respectivamente.

<sup>20</sup> Ob. cit., pág. 98.

<sup>21</sup> Ed. cit., pág. 112.

## DIÁLOGOS EN QUE SE DEBATE LA PRIORIDAD DE UN ACHAQUE AMOROSO SOBRE OTRO, U OTROS

Son abundantísimos, y proliferan especialmente en las églogas y novelas pastoriles. Lo que nos va a interesar, en los ejemplos que siguen, es ver ante todo la posición que ocupa la ausencia en esta peculiar jerarquía del sufrimiento. Parece latir siempre en tales contiendas un cierto masoquismo, que explicaría el empeño de los contricantes en ser reconocidos como las víctimas del dolor más intenso. La égloga II de Montemayor nos presenta a Solisa y Olinea disputando acerca de qué mal es mayor: la ausencia (Olinea) o la ignorancia del amor, no haberlo conocido (Solisa). La discrepancia alcanza a los jueces, pues Lusitano —que comparte su mal— dictamina a favor de Olinea, mientras que Belisa lo hace a favor de la otra pastora.

En el Libro III de *La Galatea*, son Orompo, Crisio, Marsilio y Orfinio quienes defienden, respectivamente, la muerte de la amada, la ausencia, el desdén y los celos como candidatas a ocupar el primer puesto entre las desventuras amorosas. Crisio argumenta que celos, muerte y desdén son temores del ausente, es decir, consecuencias posibles de la separación, y que, como tales, se encuentran subordinadas a la ausencia:

Mas en ausencia se siente,  
con un extraño accidente,  
sin sombra de ningún bien,  
celos, muertes y desdén,  
que esto y más teme el ausente<sup>22</sup>.

Al final, Damón sentencia que el peor mal son los celos, y teoriza sobre la inferioridad de la ausencia: «( . . . ) y en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es extraño el rigor y aspereza con que trata el alma del desdichado ausente; pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puédesse llevar con algún alivio su tormento, y si succediere ser la ausencia de manera que sea imposible volver a la presencia deseada, aquella imposibilidad viene a ser el remedio, como en el de la muerte»<sup>23</sup>.

En los ejemplos de Montemayor y Cervantes, que acabamos de considerar, hay un diálogo efectivo entre personajes que sustentan distintos pareceres —que son también distintas, y propias, pasiones—. Pero puede ocurrir asimismo que el debate se convierta en un simple estímulo para el ejercicio del ingenio de un poeta, como ya desde el epígrafe nos lo anuncia un soneto de sor Juana Inés de la Cruz: «Sólo con aguda ingeniosidad esfuerza el dictamen de que sea la ausencia mayor mal que los celos»<sup>24</sup>. Contrario a este dictamen es, por ejemplo, el de Figueroa, con su inicial invitación a quienes se quejan de la ausencia para que acudan al diálogo, se conviertan en interlocutores:

<sup>22</sup> Citamos por la edición de Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Espasa-Calpe, col. Clásicos Castellanos, vol. I, pág. 219. Recuérdese que en el soneto-dialogismo de Alcázar la ausencia se defiende precisamente de esta acusación de ser causante de otros males: «Que yo causada soy; no causadora».

<sup>23</sup> Ed. cit., pág. 226.

<sup>24</sup> *Obras completas*, vol. I (*Lirica personal*, ed. de A. Méndez Plancarte, México, FCE, 1951, págs. 292-293).

Los que os quejáis, amantes, de la ausencia,  
 los que lloráis los daños del olvido,  
 los que adamáis un pecho empedernido,  
 venid a ver otra mayor dolencia.

Amor me dio regalo y me dio audiencia,  
 amor me hizo muestras de querido,  
 y todo el bien en mal me ha convertido  
 con celos de una antigua competencia.

Antigua fue y murió; y resucitando,  
 por tierra derribó mi fundamento  
 envuelto con sudores de mi engaño;

y agora voy a solas, lamentando  
 la falta grande de mi entendimiento  
 y la crecida sobra de mi daño<sup>25</sup>.

#### LA GLOSA

Las glosas versan siempre sobre enunciados anteriores, y establecen necesariamente con ellos un diálogo, implícito en la pretensión de imbricar dos textos: el glosado y la glosa propiamente dicha, que, por otro lado, apoya o rechaza la tesis defendida en el poema del que parte. Como dice H. Janner: «La contraposición del texto y de la glosa provoca en el autor de ésta una actitud indecisa, caracterizada por un íntimo dualismo: es presa de lo positivo y negativo del tema y en el curso de la glosa oscila entre dos polos mentales, entre lo que aboga en favor del juicio formulado en el tema y lo que pugna con él»<sup>26</sup>.

Dos glosas sobre un mismo texto pueden, pues, oponerse entre sí por la manera de tratar el contenido de dicho texto. Es precisamente el caso de las glosas que publicamos en este trabajo. La primera niega que la ausencia cause olvido, y está de acuerdo, por tanto, con el soneto de Boscán que glosa; la segunda opera al revés: afirma el olvido como resultado de la ausencia, y traiciona así de algún modo el texto glosado, al apropiárselo para propugnar una idea contraria. El juego polémico entre ambas glosas es similar al que veíamos para los tres sonetos del mismo manuscrito. No es ni mucho menos el nuestro un caso aislado. En el manuscrito 3915 de la Biblioteca Nacional de Madrid aparecen dos glosas del soneto de Boscán, la segunda de las cuales lleva como epígrafe: «Otra glosando al contrario las pasadas»<sup>27</sup>.

Las numerosas glosas existentes sobre el poema de Boscán emplean formas métricas muy diversas. En la pequeña antología que incluye el libro de A. Blanco Sánchez, que acabamos de citar en nota, predomina la utilización de la lira, estrofa por la que discurren también las dos glosas de nuestro manuscrito. En cuanto al número de versos glosados, existe igualmente una gran variedad. Las hay que

<sup>25</sup> *Poesías de Francisco de Figueroa*, ed. de Ángel González Palencia, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1943, pág. 125.

<sup>26</sup> «La glosa española. Estudio histórico de su métrica y de sus temas», en *Revista de Filología Española*, XXVII, 1943, págs. 181-232. Las palabras que citamos, en la página 190.

<sup>27</sup> Pueden leerse estas glosas en el libro ya citado de A. Blanco Sánchez *Entre Fray Luis y Quevedo* (págs. 627-628).

recogen los catorce versos del soneto, como una de Juan de Almeyda («Según entre amadores»); son asimismo numerosas las que, como ocurre en una de las nuestras, glosan los dos cuartetos<sup>28</sup>.

La primera glosa que publicamos presenta algunas variantes respecto al poema de Boscán, en los tres versos incorporados con que cierran las tres últimas estrofas de la glosa:

Boscán: «la soledad levanta su cuydado» (v. 6).

Glosa: «La soledad aumenta su cuydado».

B.: «hallarse de su bien tan apartado» (v. 7).

G.: «en verse de su bien tan apartado».

B.: «haze su dessear mas encendido» (v. 8).

G.: «sale su desear mas encendido».

La variante que corresponde al verso 7 del soneto de Boscán («en verse de su bien tan apartado») la encontramos también en la glosa de J. de Almeyda mencionada arriba, en las dos glosas del manuscrito 3915 de la Biblioteca Nacional de Madrid, ya citadas, y en otra glosa perteneciente al manuscrito 13418 de la misma biblioteca<sup>29</sup>. Es de señalar, por otra parte, que el verso cuarto de la glosa de Almeyda («ni fue favorecido») aparece, con la mínima sustitución de *ni* por *no*, en el verso octavo del «Soneto en respuesta del ausente», que hemos transcrito al principio de este trabajo.

Con todo lo anterior, hemos querido apuntar a la facilidad con que los motivos de la ausencia y el olvido se prestaban a una controversia, y cómo ésta pudo traducirse en una gran diversidad de soluciones formales. Debemos analizar ahora su trayectoria en el plano teórico, conceptual, trayectoria en la que va implicado asimismo un sistema de imágenes recurrentes.

Acudiremos, para empezar, a la *Diana*, y a la explicación que la ninfa Cintia da a Belisa acerca de por qué «en ausencia las más de las veces se resfriaba el amor»;

«-- No podré, Belisa, responderte con tanta suficiencia como por ventura la materia lo requería, por ser cosa que no se puede esperar del ingenio de una ninfa como yo, mas lo que a mí me parece es que cuando uno se parte de la presencia de quien quiere bien la memoria le queda por ojos, pues solamente con ella vee lo que dessea. Esta memoria tiene cargo de representar al entendimiento lo que contiene en sí, y del entenderse la persona que ama viene la voluntad, que es la tercera potencia del ánima, a engendrar el desseo, mediante el cual tiene el ausente pena por ver aquel que quiere bien. De manera que todos estos efectos se derivan de la memoria, como de una fuente, donde nasce el principio del desseo. Pues avéis de saber agora, hermosas pastoras, que como la memoria sea una cosa que cuanto más va más pierde su fuerza y vigor, olvidándose de lo que le entregaron los ojos, así tambien lo pierden las otras potencias, cuyas obras en ella tenían su principio de la misma manera que a los rios se les acabaría su corriente si dexassen de manar las fuentes adonde nasçen; y si como esto se entiende en el que parte se entendiera también en el que queda.»<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Véanse los ejemplos que da Blanco Sánchez (ob. cit., págs. 607 y ss.). Ya aludimos antes, en la nota 7, a una glosa de los dos primeros versos del soneto contenida en un cancionero de la Biblioteca de El Escorial.

<sup>29</sup> Transcribe esta última glosa Blanco Sánchez (ob. cit., págs. 633-634).

<sup>30</sup> Ed. cit., pág. 200.

Estas palabras de Cintia siguen inmediatamente a una conversación entre Sireno, Felicia, Silvano y Polidora que, como señaló F. López Estrada, está traducida de los *Diálogos de amor* de León Hebreo. Pero la disertación sobre la ausencia no está tomada de Hebreo, quien, por boca de Filón, y a propósito de la diferencia entre el amor de los animales y el de los hombres, sentenciaba: «Es más firme en ellos [en los hombres], porque se conserva más tiempo entre el hombre y la mujer, de manera que ni la hartura, ni la ausencia, ni el impedimento bastan a disolverlo»<sup>31</sup>.

Mucho antes Ovidio, en su *Ars amatoria*, había distinguido ya entre una ausencia breve, que enardece o provoca el amor del momentáneamente abandonado, y una ausencia larga, que lo extingue: «Sed mora tuta brevis; lentescunt tempore curae, / Vanescitque absens et novus intrat amor» (II, vv. 357-358). Y de nuevo, en los *Remedia amoris*, vuelve a sugerir la ausencia prolongada como antídoto contra el amor:

Nec satis esse putes discedere: lentus abesto,  
Dum perdat vires sitque sine igne cinis;  
Quod nisi firmata properaris mente reverti,  
Inferet arma tibi saeva rebellis Amor;  
Quidquid et afueris, avidus sitiensque redibis,  
Et spatium damno cesserit omne tuo!

(vv. 243-248)

Al proponer la ausencia como remedio de la pasión amorosa, el poeta latino estaba dando fundamento a toda una corriente, la de la ausencia voluntariamente buscada por el amante, de fecundo recorrido poético, y a la que, aportando ejemplos, volveremos luego. Porque importa más ahora señalar, y con el mismo Ovidio, una línea misógina, que tiende a localizar el olvido amoroso en las mujeres, convirtiéndolo de hecho en patrimonio exclusivo de ellas. Así, todo el Libro II del *Ars amatoria* está dedicado precisamente a dar consejos sobre la manera de conservar a la amada y evitar su olvido. Y para ilustrar los peligros de la ausencia, que antes hemos recordado, acude al ejemplo de Helena, olvidada de Menelao.

El Renacimiento italiano conocerá también la controversia acerca de quién es más proclive a la inconstancia amorosa. En *Il Raverta*, de Giuseppe Betussi, a la pregunta de Baffa: «chi è più costante l'uomo o la donna?», Domenichi responde taxativamente: «l'uomo», para luego citar en su apoyo unos tercetos del *Purgatorio*, el último de los cuales nos interesa aquí por su atribuir el olvido femenino al distanciamiento físico:

Per lei assai di lieve si comprende  
quanto in femina foco d'amor dura,  
se l'occhio o'l tatto spesso non l'accende<sup>32</sup>.

Ya en nuestra literatura, y volviendo a la *Diana*, Silvano afirma en el Libro I «(...) que el olvido era la cosa más cierta que después de la ausencia s'esperava, y

<sup>31</sup> Citamos por la traducción de los *Diálogos* de Garcilaso el Inca (*Obras*, I, Madrid, BAE, CXXXII, 1960, pág. 48).

<sup>32</sup> Manejamos la edición de Giuseppe Zonta en *Trattati d'amore del Cinquecento*, Bari, Laterza, 1912. La discusión entre Baffa y Domenichi ocupa las páginas 70-75. Domenichi cita los versos de Dante en la página 71.

más en corazón de muger» (aunque él mismo reconozca que Diana, en un primer momento, constituye por su fidelidad a Sireno una efímera excepción a esa regla)<sup>33</sup>. Más adelante, Silvano insiste en este polarizar la capacidad de olvido en las mujeres: «¿Puede ser cosa más baxa ni de menos valor que por la cosa más liviana del mundo olvidéis vosotras a quien más amor hayáis tenido?»<sup>34</sup>. Selvagia replicará a su acusación con palabras ecuanímes, bajo cuya atribución de culpas al amor —y también al azar— late una resignada melancolía: «(...) que la causa porque las pastoras olvidamos no es otra sino la misma porque de vosotros somos olvidadas. Son cosas que el amor haze y deshaze; cosas que los tiempos y los lugares las mueven o les ponen silencio»<sup>35</sup>.

Vimos en Ovidio el surgimiento de una ausencia voluntaria, que busca en el olvido un remedio contra la enfermedad del amor. Es la misma idea que se expresa en el *Pamphilus* («Nam solet amoto plus ledere proximus ignis: / Me, si mota foret, lederet ipsa minus», vv. 37-38) y que, bajo la doble formulación ovidiana de la ausencia larga o breve, recoge Garcilaso en su elegía II:

Si, triste, de mi bien yo estado uviera  
un breve tiempo ausente, no lo niego  
que con mayor seguridad biviera;

la breve ausencia haze el mismo juego  
en la fragua d'amor que en fragua ardiente  
el agua moderada haze al fuego,

la qual verás que no tan solamente  
no le suele matar, mas le refuerça  
con ardor más intenso y eminente,

porque un contrario, con la poca fuerça  
de su contrario, por vencer la lucha  
su braço abiva y su valor esfuerça.

*Pero si el agua en abundancia mucha  
sobre'l fuego s'esparze y se derrama,  
el humo sube al cielo, el son s'escucha*

y, el claro resplandor de biva llama  
en polvo y en ceniza convertido,  
apenas queda dél sino la fama:

assi el ausencia larga, que á esparzido  
en abundancia su licor que amata  
el fuego que'l amor tenia encendido,

de tal suerte lo dexa que lo trata  
la mano sin peligro en el momento  
que en apariencia y son se desbarata.

Yo solo fuera voy d'aqueste cuento,  
porque'l amor m'afflige y m'atormenta  
y en el ausencia crece el mal que siento;

<sup>33</sup> Ed. cit., pág. 25.

<sup>34</sup> Ed. cit., pág. 36.

<sup>35</sup> Ed. cit., pág. 38.

y pienso yo que la razón consienta  
y permita la causa deste effeto,  
que a mí solo entre todos se presenta,

porque como del cielo yo sujeto  
estava eternamente y diputado  
al amoroso fuego en que me meto,

assí, para poder ser amatado,  
el ausencia sin término, infinita  
deve ser, y sin tiempo limitado;

lo qual no avrá razón que lo permita,  
porque por más y más que ausencia dure,  
con la vida s'acaba, que's finita.

Mas a mí ¿quién avrá que m'assegure  
que mí mala fortuna con mudança  
y olvido contra mí no se conjure?<sup>36</sup>.

Con su «yo solo fuera voy d'aqueste cuento», Garcilaso está negando ese poder balsámico que Ovidio atribuye a la ausencia, está negando el poder de ésta para generar el olvido. La idea hará fortuna, y serán muchos los amantes desdichados que busquen inútilmente en el alejamiento un alivio a sus males.

Este otro tipo de ausencia, distinta de la ausencia accidental que separa a Sireno de Diana, encontrará en su curso poemas como el ya citado de don Álvaro de Zúñiga («Busqué con larga ausencia dulce olvido remedio inútil...»), o el siguiente, de Gerónimo de Cáncer y Velasco:

A un amante que deseava mucho olvidar a una dama,  
y hazía grandes diligencias para conseguillo

Licio, no ay quien olvide de obstinado,  
que aquél que se conoce bien rendido,  
quantas razones le buscó al olvido,  
las encuentra de parte del cuydado.

De sanar el deseo porfiado  
está llamando al mal adormecido;  
y el que siempre rehusa el pie oprimido,  
no puede hallar el lazo descuydado.

Aguarda a que el amor quiera librarle,  
y puede ser que triunfes sin vitoria,  
sólo con que la fuerça no le impidas.

Tú yerras, Licio, el modo de curarte,  
que para no inquietar a la memoria,  
aun no te has de acordar de que te olvidas<sup>37</sup>.

Estamos, pues, ante un tópico, que engendra su propia red de imágenes. La ausencia —o el olvido— se presenta como el agua que extingue el fuego de amor,

<sup>36</sup> *Obras completas con comentario*, ed. crítica de E. L. Rivers, Madrid, Castalia, 1981, págs. 247-249.

<sup>37</sup> *Obras varias de D. Gerónimo de Cáncer y Velasco*, Madrid, 1651, fol. 103v.

como el cauterio que cicatriza la herida. En el primero de los sonetos que publicamos, «el fuego que aún no está bien inflamado / (...) aguallo ha [el que no quiere ser enamorado], con el agua del ausencia»; y el segundo afirma lo mismo, utilizando ahora la imagen de la herida: «bórranse las heridas comenzadas / quando cesa el mirar que las causó». Las especificaciones «que aún no está bien inflamado» y «comenzadas», con su apuntar a un amor incipiente, están oponiéndose al «si quedan en el alma confirmadas» del soneto de Boscán. Es el mismo razonamiento a que acude una de las glosas que hemos citado más arriba (Ms. 13418 de la Biblioteca Nacional):

Pudieran bien curarse  
si fueran cuando frescas remediadas,  
mas no pueden sanarse,  
que quedan fistoladas,  
si quedan en el alma confirmadas.

Por otra parte, el sintagma «el agua del ausencia» es sinónimo del que vimos empleado en Mesa («el agua del olvido»). Y en la *Diana*, es un agua con poderes extraordinarios —el filtro de la maga Felicia— la que rescata a Sirena de su tormento amoroso: «— ¿Qué os parece —dixo Felicia contra Felismena— si el agua sabe desatar los ñudos que este perverso del amor haze?»<sup>38</sup>. También en la alegórica *La victoria de Olvido* los caballeros de Amor se defienden con «petos de fuego» de las «balas de yelo» que lanzan sus enemigos. Claro es que esta «agua del ausencia», que extingue por medio del olvido el fuego amoroso, no debe confundirse con otra agua asimismo metafórica, y que se encarga de consumir — no de consumir, o al menos sólo momentáneamente— la pasión erótica. Aquélla supone el máximo distanciamiento; ésta el contacto físico, es decir, la intimidad máxima.

Por lo que respecta a la imagen de la herida, presente ya en Boscán, alcanza un desarrollo más complejo en el soneto de Medrano, quien se inspiró, como señalara Dámaso Alonso, en el verso de Petrarca «piaga per allentar d'arco non sana» (*Canzoniere*, XC). En Góngora, y lo anotamos como variación curiosa, la propia ausencia se convierte en flecha, lanzada por Amor:

No de tu media luna  
ha sido, Amor, flechada  
saeta más alada  
que la ausencia importuna;  
defensa hay sola una  
contra su penetrante vuelo, y ésa  
el duro es mármol de una breve huesa<sup>39</sup>.

Con otro motivo, el del ciervo herido que busca alivio en la fuente, asistimos a una especie de «hipálage», donde el agua que es olvido se busca para calmar, no el fuego, sino la herida de amor. Un excelente soneto de Bocángel puede servir para ilustrar esta contaminación:

<sup>38</sup> Ed. cit., pág. 208.

<sup>39</sup> *Obras completas*, ed. de Juan Millé Giménez e Isabel Millé Giménez, Madrid, Aguilar, 1972, pág. 601.

Como enfermo que anhela en lecho ardiente  
alcanzar con excesos mejoría,  
y su engaño no más, o su porfía,  
le alivia, con que crece el accidente;

y como el ciervo, que la flecha siente,  
huye en vano de sí la noche y día,  
para ver si le dan lisonja fría  
médicas ondas de templada fuente:

tal, esclavo de amor, herido el pecho,  
buscaba yo reparo en el ausencia;  
busqué la fuente contra el dardo esquivo.

Hizo después amor, a mi despecho,  
lo que hace el exceso en la dolencia  
y el señor con esclavo fugitivo<sup>40</sup>.

Como hicimos antes con respecto a los tipos de diálogo, vamos a señalar ahora una serie de motivos o tópicos, que, junto a los ya citados, suponen otras tantas variaciones en el tratamiento del tema de la ausencia:

MOTIVO DEL AUSENTE QUE NO ERA AMADO EN PRESENCIA (FRENTE A LA AUSENCIA COMO AMENAZA DE UN AMOR CORRESPONDIDO)

Juan de Jáuregui distingue ambos tipos de ausente:

Si en el amado pecho más constante  
teme el olvido el amador ausente,  
porque en la ausencia el tiempo no consiente  
memoria o voluntad perseverante,

yo, que en presencia (miserable amante)  
no fui correspondido, y al presente  
mi ausencia Filis no recela o siente,  
¿qué olvido espero a su rigor bastante?<sup>41</sup>

En estos casos, paradójicamente, la ausencia no conlleva un distanciamiento mayor que la presencia:

<sup>40</sup> *La lira de las musas*, ed. de Trevor J. Dadson, Madrid, Cátedra, 1985, pág. 120. El mismo motivo en los siguientes versos de sor Juana, si bien el alivio buscado es aquí la presencia, el retorno del amado:

Si ves el ciervo herido  
que baja por el monte, acelerado,  
buscando, dolorido,  
alivio al mal en un arroyo helado,  
y sediento al cristal se precipita,  
no en el alivio, en el dolor me imita.

(Del poema en liras «Amado dueño mio», ed. cit., pág. 314.)

Cfr. por otra parte, el artículo de María Rosa Lida de Malkiel «El ciervo herido y la fuente» en *Revista de Filología Hispánica*, I, 1939, págs. 31-52.

<sup>41</sup> *Obras, I (Rimas)*, ed. de Inmaculada Ferrer de Alba, Madrid, Espasa-Calpe, col. Clásicos Castellanos, 1973, pág. 34.

De contino os deserví,  
nunca tan cerca de mí,  
ninguna vez que os mirase,  
que más lejos no os hallase  
que ausente estaréis de mí<sup>42</sup>.

Ausencia y presencia constituyen «un alternado infierno», y permiten la asimilación mítica del poeta, como en los versos finales de un madrigal de Alvares Soares:

Que soi Tántalo cerca, lexos Ticio.  
I assi, por mi querida,  
el tormento alternado en giro eterno  
me forma siempre un alternado Infierno<sup>43</sup>.

En algunos casos, el enamorado se decanta por la ausencia, ante el miedo que le produce imaginar próxima a la dama esquiva:

Fínjome seros presente,  
y luego m'altero tanto  
que huelgo de star ausente<sup>44</sup>.

#### EL AMOR NO SÓLO NO DESAPARECE, SINO QUE CRECE CON LA AUSENCIA

El razonamiento que subyace a esta idea es de raíz neoplatónica. En los *Diálogos de amor*, Filón explica a Sofía: «Conviene, pues, que así el amor como el deseo sea de cosas que en alguna manera faltan; de donde Platón define el amor ser apetito de la cosa buena para poseerla, y siempre, porque en el siempre se incluye la falta continua»<sup>45</sup>. Es lógico, por tanto, que la ausencia, en cuanto lleva ese «faltar» a un extremo, origine un incremento del deseo, del amor. El motivo está en el soneto de Boscán, y es hipérbole repetidísima a lo largo de nuestra poesía áurea.

#### TÓPICO DE LA «PRESENCIA BILOCATA»

¿Cómo se ausenta un amante,  
quedándose al mismo tiempo?  
¿Cómo se va, sin partirse,  
y está cerca, estando lejos?

<sup>42</sup> Hurtado de Mendoza: *Obras poéticas*, ed. de W. Knapp, Madrid, Miguel Ginesta, 1877, pág. 390. Los versos citados pertenecen al poema «Yo parto y muero en partirme».

<sup>43</sup> *Rimas varias de Antonio Alvares Soares*, Lisboa, 1628, fol. 20r.

<sup>44</sup> Boscán, ed. cit., pág. 57. Del poema que comienza «A tanto disimular».

<sup>45</sup> Ed. cit., págs. 126-127.

<sup>46</sup> Como enunciado inicial y orgullosa declaración de constancia en la fe amorosa, lo encontramos en el primer cuarteto de un soneto de Antonio López de Vega (*Lirica poesía*, Madrid, 1620, fol. 78v):

Yo ardo ausente, qual presente ardia;  
i el ardor crece al passo de la ausencia:  
que en mi su división es resistencia,  
donde el rayo de Amor más fuerças cria.

Es una Filosofía  
que Amor pone en sus cuadernos  
—que ni Aristóteles supo,  
ni la conoció Galeno—,

donde la cuestión, reñida  
por tan agudos ingenios,  
de *Presencia Bilocata*,  
resuelve sin argumentos<sup>47</sup>.

En Cervantes, y escogemos un ejemplo entre muchos posibles, es el alma quien se escinde:

Tu duro alfanje a mayor mal se estiende,  
pues un espíritu en dos mitades parte.  
¡Oh milagros de amor que nadie entiende  
ni se alcanzan por ciencia ni por arte!  
¡Que deje su mitad con quien la enciende  
allá mi alma, y traiga acá la parte  
más frágil, con la cual más mal se siente  
que estar mil veces de la vida ausente!<sup>48</sup>.

A veces, como en el conocido soneto de Figueroa «Partiendo de la luz, donde solía», el alma, en lugar de dividirse interiormente, se separa del cuerpo, para partir en busca de la amada: «El alma desechó la compañía / del cuerpo, y fuese tras el rostro amado»<sup>49</sup>. Pero el ausente puede también llevar consigo, en su «fantasía», la imagen de la amada, sin que sea necesario entonces el retorno del alma en su búsqueda:

Quedará con mi ventura  
El lugar adonde os vía,  
Pero vuestra hermosura  
Partirá en mi fantasía.  
Donde siempre vive y dura<sup>50</sup>.

#### EL FUTURO AUSENTE PIDE EL OLVIDO DE LA AMADA

El poema de Hurtado de Mendoza que acabamos de citar nos ofrece un ejemplo:

Mas pido, que cuando me fuere,  
Sea yo en esta jornada  
La cosa más olvidada  
Que vuesa merced tuviere,  
Pues no se perderá nada.

Téngase en cuenta que este mismo poema nos sirvió para ejemplificar el caso del ausente desdeñado en presencia; por eso, «no se perderá nada». Se trata de una solidaridad entre motivos, que puede observarse también en otras ocasiones.

<sup>47</sup> Del romance «Cómo estarás, Filis mía» de sor Juana Inés de la Cruz, ed. cit., pág. 86.

<sup>48</sup> *La Galatea*, ed. cit., vol. I, pág. 211.

<sup>49</sup> Ed. cit., pág. 47. Para un análisis de este soneto, cfr. Antonio Prieto, ob. cit., págs. 255

y ss.

<sup>50</sup> Hurtado de Mendoza, edición y poema citados, pág. 389.

LA AUSENCIA PROVOCA LA MUERTE. O ES SINÓNIMO DE ELLA

Es la opinión más generalizada, si bien tiene adversarios;

Quien llamó a la muerte ausencia  
No estaba bien en lo cierto;  
Que no ha menester paciencia  
El hombre después de muerto <sup>51</sup>.

¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!  
¡Cuán fuera debió estar de conocerte  
el que igualó tu fuerza y violencia  
al poder invencible de la muerte!  
Que cuando con mayor rigor sentencia,  
¿qué puede más su limitada suerte,  
que deshacer el nudo y recia liga  
que a cuerpo y alma estrechamente liga? <sup>52</sup>.

Frente a estos detractores de la identidad entre ausencia y muerte, que niegan para enfatizar el poder de la primera, veremos luego con Lope, y en sentido contrario, una oposición paródica. Con el ejemplo de Cervantes volvemos, por otra parte, a la solidaridad de motivos antes apuntada. La ausencia no puede compararse con la muerte, porque mientras que ésta se limita a separar alma y cuerpo, aquélla «un espíritu en dos mitades parte».

EL POETA SE DIRIGE AL AUSENTE PARA RECONFORTARLO. CON UN VALOR DE «CONSO-LATIO»

Son poemas de circunstancias, en los que se pretende ahuyentar los tópicos temores de la ausencia. Por lo general, el receptor es una dama, cuyo marido ha emprendido algún viaje. Sor Juana, en un romance, «discurre, con sutileza cortesana, causa y efecto de haberse el Señor Virrey ausentado a un Recreo», y, entre otros razonamientos, explica a la Virreina cómo «quiere carecer de ti / para tu mayor aprecio, / porque carecer del bien / le da más merecimiento». También Bartolomé L. de Argensola escribe a la duquesa de Villahermosa, para asegurarle que «la mitad de vuestra alma, el dulce ausente, / volverá presto . . .», pues «la ausencia no es más que un accidente» <sup>53</sup>.

SE DISTINGUE EN LA AUSENCIA UNA SEPARACIÓN FÍSICA Y UNA SEPARACIÓN ESPIRITUAL, Y SE NIEGA LA SEGUNDA

Es lo que hace Quevedo en un soneto, cuyo primer verso busca el eufemismo para marcar la distinción:

Puedo estar apartado, mas no ausente;  
y en soledad, no solo; pues delante

<sup>51</sup> Hurtado de Mendoza, ed. cit., pág. 287 (de la carta que comienza «El que es tuyo, si el perdido»).

<sup>52</sup> *La Galatea*, ed. cit., vol. I, pág. 211. La octava que copiamos ahora precede a la que nos sirvió para ilustrar el tópico del «alma bilocata».

<sup>53</sup> *Rimas*, II, ed. de J. M. Blecua, Madrid, Espasa-Calpe, col. Clásicos Castellanos, 1974, pág. 113.

asiste el corazón, que arde constante  
en la pasión, que siempre está presente <sup>54</sup>.

En el prolongado transitar poético del tema de la ausencia y el olvido hubo, claro está, versiones a lo divino, y también deformaciones burlescas. Entre las primeras, sin duda la más conocida es el poema de san Juan de la Cruz «Un pastorcico, solo, está penado», que recoge el tópico de la herida de amor, junto con las quejas del pastor «olvidado», ausente de su «bella pastora».

Las composiciones burlescas, por su parte, proceden a una inversión irónica de algunos de los tópicos que hemos considerado anteriormente. Veámoslo con dos sonetos de Lope:

Sentimientos de ausencia, a imitación de Garcilaso

Señora mía, si de vos ausente  
en esta vida duro y no me muero,  
es porque como y duermo, y nada espero,  
ni pleiteante soy ni pretendiente.

Esto se entiende en tanto que accidente  
no siento de la falta del dinero;  
que entonces se me acuerda lo que os quiero,  
y estoy perjudicial y impertinente.

Sin ver las armar ni sulcar los mares,  
mis pensamientos a las musas fío;  
sus liras son mis cajas militares.

Rico en invierno y pobre en el estío,  
parezco en mi fortuna a Manzanares,  
que con agua o sin ella siempre es río.

Intentó el poeta ausentarse para olvidar  
y no le aprovechó el remedio, con que parecc que habla de veras

En la Troya interior de mi sentido,  
metió un caballo Amor con gran secreto,  
parto de más soldados, solo a efeto  
de verme en salamandra convertido.

Salen a media noche, y el rüido  
despierta el alma al corazón inquieto,  
y fugitivo yo, de tanto aprieto,  
entre la viva llama, emprendo olvido.

Mi padre al hombro (que es mi ingenio) intento  
buscar algún remedio a tanto estrago,  
embarcado en mi propio pensamiento.

Pero poco mis daños satisfago,  
pues con mudar de patria y de elemento,  
me vuelvo a Troya porque no hay Cartago <sup>55</sup>.

<sup>54</sup> Citamos por la edición de J. M. Blecua en Planeta: *Poesía original completa*, Barcelona, 1981, pág. 523.

<sup>55</sup> *Obras poéticas*, ed. de J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1983. El primer soneto, en la página 1422; el segundo, en la 1406.

Concluimos aquí este recorrido por los avatares temáticos y formales de un motivo que fue también debate, y cuya popularidad, atestiguada para los siglos de oro por el gran número de variaciones y glosas que lo tomaron como punto de partida, permitió incluso su recepción en el *Vocabulario* de Correas<sup>56</sup>. De una trayectoria posterior, que, en una amplísima diversidad geográfica y de registros, llega hasta nuestros días, ha dado noticia E. M. Torner en su libro *Lirica hispánica. Relaciones entre lo popular y lo culto* (Castalia, Madrid, 1966).

---

<sup>56</sup> Bajo las formas «La ausencia Kausa olvido» y «Larga ausencia causa olvido» (págs. 181 y 209, respectivamente, de la edición de Louis Combet, Bordeaux, 1967).

\_\_\_\_\_